

Homilía: 7 de marzo de 2021

Estrés, agotamiento, depresión son palabras familiares. Describen el precio psicológico que pagan muchos estadounidenses por vivir en nuestra compleja sociedad. Para aquellos que sufren estas ansiedades que pueden conducir al abuso de drogas y alcohol, la celebración semanal del domingo como día sagrado puede tener un efecto curativo.

Encabezamos en la primera lectura del Antiguo Testamento el mandamiento: "Acuérdate del día de reposo y santifícalo". El sábado era un día sagrado semanal porque después de seis días de trabajo creativo, Dios descansaba del trabajo. Vender animales y cambiar dinero en el templo no estaba mal en sí mismo. Eran actividades comerciales necesarias para el sustento del culto en el templo. Pero estas actividades estaban interfiriendo con el tiempo de adoración e interrumpiendo la celebración de adoración en sí. Jesús condenó la transacción de negocios en el área sagrada del Templo e invocó el mandamiento de guardar el sábado como día de descanso. Entonces, tanto la ley del Antiguo Testamento como el ejemplo de Jesús insisten en que debe haber un tiempo y un lugar en nuestras vidas reservados únicamente para Dios y la adoración.

Hay sabiduría en esta enseñanza; y es esto, hacer a imagen y semejanza de Dios que somos seres humanos, no máquinas ni bestias de carga. Como seres humanos tenemos necesidades físicas, psicológicas y espirituales que no se pueden descuidar sin dañarnos a nosotros mismos y a nuestra sociedad. Al proporcionar tiempo para el descanso y la adoración, el domingo nos permite cuidar adecuadamente nuestro cuerpo, mente y espíritu.

Atender nuestras necesidades físicas, emocionales y espirituales es especialmente importante en nuestra gran sociedad impersonal porque todos podemos fácilmente reducirnos a convertirnos en cosas, como engranajes en una rueda económica o dígitos en una computadora.

En nuestra atmósfera altamente tecnológica, podemos tender a pensar en nosotros mismos sólo como un medio para un fin; olvidamos nuestras necesidades humanas permitiendo que nuestro trabajo o carrera nos consuma. Esto ya está sucediendo, como lo demuestra el creciente número de personas que se quejan de demasiado estrés o agotamiento, el aumento de las adicciones a las drogas y el alcohol y la alta tasa de divorcios. Cuanto menos podamos comunicarnos civilmente entre nosotros, más peligro correremos de desarrollar un desprecio violento por la santidad de la vida humana y un desprecio flagrante por las normas que gobiernan nuestra sociedad. Esto se demuestra por el alto número continuo de abortos, el aumento de la discriminación racial y la violencia desenfrenada provocada por el fácil acceso a las armas de fuego.

Como nación, hemos comprometido billones de dólares para construir armas y máquinas complejas y tecnológicamente avanzadas cuyo único propósito es provocar destrucción masiva. Sin embargo, al mismo tiempo, ignoramos a los millones de seres humanos que padecen hambre, pobreza, enfermedad, educación inadecuada. En resumen, a pesar de toda nuestra magia tecnológica, nos estamos volviendo deshumanizados, menos humanos y ciegos para los indefensos entre nosotros.

No tiene por qué ser así. Podemos llevar el potencial para el bien al mundo tecnológico que habitamos. La tecnología no es mala, todos nos beneficiamos de ella, el peligro es que nos está controlando, en lugar de serlo. Quizás el lugar para comenzar sea volviendo a la comprensión del domingo como el regalo precioso de Dios. El domingo como día de descanso, curación y comunión con Dios, nuestros seres queridos, nosotros mismos.

Jesús dice: "El sábado fue hecho para el hombre, no el hombre para el sábado". El domingo es un regalo de los Lores para nosotros. Fluye del amor inagotable de Dios por nosotros y nos lleva a la plenitud de la vida. En la paz del domingo descubrimos el poder sanador y la sabiduría de Cristo, y la verdad de las palabras del salmo de hoy: "La ley del Señor es perfecta, si reconforta mi alma" [Sal 19].

P. Bill